

Violencia y distancia social: una revisión

Nelson Arteaga Botello y Vanessa L. Lara Carmona

EL Colegio Mexiquense/Flacso

Resumen

El presente trabajo destaca la relación que se establece en la sociología entre los conceptos de "distancia social", "análisis del conflicto" y "violencia social". En el documento se revisan desde los primeros trabajos de Durkheim y Simmel, hasta los de Collins y Grossman, pasando por los indicadores estadísticos que desarrolla Bogardus, para buscar los vínculos conceptuales existentes en ellos. Si bien con los matices que cada una de las corrientes de la sociología otorga al término de distancia social, resulta cierto que en la mayoría de las teorías éste se refiere a procesos de desorganización social producidos por la falta de un contacto "simbólico" y "espacial" suficientemente prolongado de los segmentos o grupos que conforman una sociedad. En este sentido, resulta claro para la sociología que la violencia y el conflicto tendrán mayores posibilidades de presentarse si la distancia entre los grupos sociales es cada vez mayor.

Palabras clave: distancia social, conflicto, violencia, cohesión social, desorganización social.

Abstract

Violence and social distance: a revision

This present work emphasises the relationship established in sociology between the concepts of "social distance", "conflict analysis" and "social violence". In the paper the first works of Durkheim and Simmel, to the ones of Collins and Grossman, are revised, going through the statistical indicators developed by Bogardus, to look for the conceptual link existing in them. Even if with the nuances, given by each one of the sociology's currents to the term of social distance, it results certain that, in the majority of the theories, this is referred to the process of social disorganisation produced by the lack of sufficiently extended "symbolic" and "special" contact of the segments or groups forming a society. In this sense, it results clear for the sociology that violence and conflict would have higher possibilities to appear if the distance among the social groups is every time higher.

Key words: social distance, conflict, violence, social cohesion, social disorganisation.

Introducción

Es posible localizar en la tradición de la sociología clásica y posclásica una interrogación permanente sobre los elementos que permiten la cohesión social.¹ Sin duda, este es uno de los planteamientos fundamentales que desde Durkheim hasta nuestros días permea buena parte de la sociología, incluso de los críticos más definidos del pensamiento durkheimiano. Ciento es que el tema no resulta extraño al pensamiento social

¹ Siguiendo a Wieviorka (2000), la sociología clásica estaría constituida por cuatro ejes: el funcionalismo parsonian, el pensamiento crítico, el análisis de la estrategia y racionalidad de los actores, así como la teoría del conflicto social; en la desintegración y crisis de estos ejes estaría la conformación de una sociología posclásica.

moderno; las luchas y convulsiones de las sociedades occidentales de finales del siglo XVIII, que además marcaron buena parte del siglo XIX, cuestionaron la capacidad de la sociedad por mantener una cierta armonía que, se creía, había caracterizado, según los ideólogos más conservadores de aquellos tiempos, la sociedad estamental propia del antiguo régimen. Si bien Tocqueville planteará este hecho de manera clara en algunos de los pasajes de su *Democracia en América*, no será hasta Durkheim que el problema de la cohesión social adquirirá un estatus mucho más definido y que obtendrá plenamente su carta de ciudadanía en la entonces naciente sociología. Durkheim acuñará los términos de “solidaridad mecánica” y “solidaridad orgánica” para dar sentido a los distintos mecanismos de cohesión social. Si bien centrales, de ambos términos se desprenderá otro: el de “distancia social”, el cual no será tan significativo del pensamiento durkheimiano, pero, desarrollado por Simmel, adquirirá posteriormente una historia propia, como concepto estrechamente ligado al término de “cohesión social”.

Efectivamente, el concepto de distancia social será bosquejado por Durkheim en *La división social del trabajo* y, posteriormente, en *Las formas elementales de la vida religiosa*. En ambos textos, el concepto se referirá a procesos de desorganización social profundos, producidos por la falta de un contacto suficiente o suficientemente prolongado de los segmentos o grupos que conforman una sociedad. A partir de esta perspectiva, la cohesión y la solidaridad social serían incapaces de desarrollarse si la distancia entre los grupos sociales es profunda. El efecto más pernicioso sería la conformación de un caldo de cultivo propicio para el desarrollo de la violencia y la agresión. Para el Durkheim de *La división social del trabajo*, los comportamientos criminales constituyen

la negación misma de la solidaridad y, por tanto, están formadas por otras tantas actividades especiales. Pero, hablando con exactitud, no hay aquí división del trabajo, sino pura y simple diferenciación, y ambos términos piden no ser confundidos (Durkheim, 1987: 433-434).

Sin embargo, la distancia social adquirirá, sobre todo en la perspectiva de Simmel, y posteriormente de Park, una connotación en cierta medida distinta, morfológica, en la medida en que se orienta hacia sus efectos espaciales y simbólicos, algo muy evidente en sus estudios de la ciudad y su cultura. Como consecuencia de este desarrollo conceptual, se constituirán dos corrientes más o menos definidas a mediados del siglo XX: por un lado, la encabezada por Shaw y Mckay (1942), quienes a partir del término desarrollarán el concepto de

desorganización social, aunque, paradójicamente, su contribución hará que el término se diluya prácticamente de los estudios sobre violencia urbana (en particular, de los estudios sobre los jóvenes de los barrios obreros); por otro lado se encuentra la tradición de estudios impulsados por los trabajos de Bogardus, quien convertirá el término de distancia social en una variable de medición de los vínculos de unión y segregación de grupos sociales y el conflicto que se genera de esas relaciones. Estas dos corrientes han marcado el desarrollo del concepto en prácticamente todo el siglo XX.

El presente artículo tiene como objetivo, precisamente, presentar un estado del arte de los trabajos sobre la distancia social que permita observar su desarrollo, rastreando, en primer lugar, su génesis; en un segundo momento, se busca analizar su manejo como herramienta de medición de los conflictos entre distintos grupos sociales. La intención es mostrar cómo ha sido utilizado este concepto para comprender el conflicto, y cómo es que a partir de estos análisis también puede ser útil para analizar la violencia, particularmente a partir de las reflexiones que en este sentido realizan Collins (1974) y Grossman (1995) en sus estudios sobre la guerra. Lo que se pretende es abrir un primer puente para incluir el concepto de distancia social en la discusión sociológica sobre la violencia, ya que se ha utilizado para analizar sobre la segregación y los posibles conflictos entre grupos sociales. Más que una propuesta teórica y metodológica acabada, lo que se busca aquí es concretar un primer bosquejo que permita dibujar lo que vendría a hacer el contorno de trabajos futuros sobre la violencia social, mucho más acabados tanto teórica como metodológicamente, los cuales podrían servir para comprender este tipo de fenómenos que inundan, por desgracia, a América Latina y a no pocos países desarrollados.

En este sentido, el presente trabajo se divide en cuatro partes. La primera es una exploración sobre la génesis del concepto de “distancia social” en la sociología; este recorrido lleva de Tocqueville a Park, pasando por Durkheim y Simmel. En una segunda parte se realiza una revisión del término a partir del siglo XX, cuando su utilización deviene en central para cierta sociología cuantitativa que lo convierte en un concepto primordial para los estudios sobre segregación y conflicto social; este periodo inicia desde la propuesta de Bogardus, a partir de la cual se hace posible la construcción de la primera escala para medir la distancia social y que tiene sus primeras aplicaciones en las investigaciones sobre las relaciones interétnicas, además de que hoy en día abarca campos tan “nuevos” como los estudios de género y salud, por sólo mencionar dos. En una tercera parte se intenta recuperar el estudio de distancia

y violencia social a partir del trabajo de Collins (1974) y Grossman (1995), desde una perspectiva sociológica más amplia. Finalmente, en la última parte se realiza una reflexión general en torno a la necesidad de profundizar en el análisis que se propone aquí.

Distancia social: génesis y primer desarrollo

Siguiendo a Collins (1974) podemos decir que Durkheim establece por primera vez una conexión entre la violencia y la distancia social. Ambas están determinadas por las fronteras morales —valores, símbolos, costumbres, entre otros— que establecen las sociedades y sus grupos. La moral dibuja los espacios de exclusión e inclusión de los individuos frente a una sociedad o determinados grupos; esta conexión puede tener un efecto positivo o negativo. El primero permite castigar las actitudes socialmente penadas por la comunidad, como el homicidio y el robo —reconstituyendo así la solidaridad social—; el segundo es, fundamentalmente, discriminatorio, en tanto que el individuo que se encuentra fuera de la comunidad no es considerado como miembro —ya que no comparte las reglas establecidas—, por lo que la violencia que se puede ejercer a esa persona está, entonces, moralmente permitida. En este caso se encuentran algunos rituales tribales donde prisioneros de guerra, esclavos y simples víctimas de cazadores son dados en sacrificio de diferentes formas con el objeto de consolidar o renovar las ligas sociales comunitarias. El sujeto de estos rituales es, regularmente, una persona externa a la comunidad y, por ende, su muerte es aceptada y permitida precisamente porque como individuo se encuentra más allá de las fronteras culturales establecidas por el grupo social.

Con la emergencia de las sociedades modernas, los lazos de cohesión se han vuelto mucho más universales. Por ello, una clave fundamental para entender la violencia está en comprender la estructura solidaria de los grupos y la moralidad que muestran sus lazos emocionales (Collins, 1974); en otras palabras, es necesario tomar nota de la distancia social que generan las fronteras morales. Aunque realmente esto no explica la aparición de la violencia, en todo caso resulta un mecanismo articulador y organizador sobre el que otros factores —la lucha económica o política, por ejemplo— habrán de “acoplarse”. La reflexión sobre la distancia social como factor de violencia es algo que antecede al propio Durkheim. Alexis de Tocqueville apuntaba ya —en *La democracia en América*— que

cuando los cronistas de la Edad Media, pertenecientes todos por sus hábitos a la aristocracia, refieren el fin trágico de un noble, dan muestras de un dolor infinito; pero cuando relatan las matanzas y torturas de la gente del pueblo, pasan sobre ellas sin la menor emoción [...] Otro tanto les sucedía a los hombres del pueblo bajo tan pronto como se rompía el lazo feudal. Los mismos siglos que presenciaron tanta y tan heroica abnegación de los vasallos por sus señores fueron testigos de inauditas cruelezas llevadas a cabo de vez en cuando por las clases bajas contra las altas (Tocqueville, 1994: 142-143).

No será sino hasta Durkheim cuando la falta de un contacto suficiente o suficientemente prolongado de los segmentos sociales sea caracterizada como un estado de desorganización social, de anomia. Durkheim señala en este sentido: “Una función no puede distribuirse entre dos o más partes del organismo como no se hallen más o menos contiguas” y disminuya “la distancia que les separa” (Durkheim, 1987: 433-434). La cohesión y la solidaridad social, desde esta perspectiva, serían incapaces de desarrollarse si la distancia entre los grupos sociales fuera profunda, como sucede con el crimen, el caso más extremo. Para este autor, el delito es el producto de una diferencia y no el resultado de la división del trabajo social, en todo caso los comportamientos criminales constituyen

la negación misma de la solidaridad, y, por tanto, están formados por otras tantas actividades especiales. Pero, hablando con exactitud, no hay aquí división del trabajo, sino pura y simple diferenciación, y ambos términos piden no ser confundidos (Durkheim, 1987: 416).

Con todo, el concepto de “distancia social” será definido por Simmel en su *Disgresión sobre el extranjero* (1986: 716-722), para distinguir el intercambio entre las relaciones primarias —societales o comunitarias— y las relaciones secundarias —institucionales o sociales—. De aquí retomará Park (1924) su definición del término que, según él, permite apreciar el grado y la calidad de entendimiento e intimidad que caracterizan las relaciones personales y sociales en general, donde el entendimiento y la intimidad como comunicación social estarán profundamente determinadas por el estado que guarda la diferenciación estructural (Park y Burgess, 1969). Park apunta en este sentido: “Dado que en sociedad no sólo vivimos juntos sino que al mismo tiempo vivimos aislados los unos de los otros, las relaciones humanas pueden ser siempre analizadas, con mayor o menor precisión, en términos de distancia” (1999: 90). La importancia de la reflexión de estos autores radica en la distinción que establecen entre

distancia social y la diferenciación estructural; una remite a la construcción de una serie de lazos de entendimiento e intimidad entre los grupos que conforman la escala social y, el otro, a las condiciones objetivas —económicas y políticas— de desigualdad.

Siguiendo a Dewey, el pensamiento de la llamada escuela de Chicago da un sentido sustancial a la comunicación que, de alguna forma, se reflejará en los trabajos de Shaw y Mckay (1942), en particular cuando formula que la violencia urbana es el resultado que obtienen las comunidades al no poder generar una red estrecha de relaciones sociales.² En este sentido, uno de los aportes de la llamada escuela de Chicago será el de conceptualizar, por medio de la figura de círculos concéntricos, la relación de distancia social entre los contactos sociales primarios y secundarios y, a nivel del espacio urbano, la relación entre centro y suburbio. Buena parte de las relaciones sociales será explicada por este mecanismo bajo esta corriente sociológica, sus herederos e incluso quienes no lo son. Por ejemplo, Galtung (1978) polemizará más tarde con la dicotomía centro/periferia en sus estudios sobre la paz; para él, la distancia social que existe entre los diferentes grupos en una sociedad jerarquizada tiene su expresión en diferencias de rango o relaciones de explotación, factores ambos que determinan profundamente la agresión; sin embargo, serán los grupos que presentan una frecuente variabilidad de su distancia con respecto al centro quienes serán más propensos a desarrollarla. En términos individuales se expresará, por ejemplo, en comportamientos criminales; a nivel de clases, en revoluciones, y en el sistema de naciones, por medio de la guerra.

Todas estas interpretaciones tienen que ver de manera indudable con la idea fundacional que establece Durkheim: la relación íntima entre diversas formas de especialización y funciones sociales con los diferentes principios de integración y diferenciación de la sociedad. Pese a todo, en la tradición sociológica, el concepto de distancia social será relacionado muy poco como herramienta para explicar la violencia, a pesar de las reflexiones realizadas en un primer momento por la sociología y de los estudios muy posteriores llevados a cabo por Galtung. A partir de la definición que da Park de la distancia social, Bogardus desarrollará el concepto, la primera escala y los indicadores estadísticos considerados como válidos para medir la distancia social (Crull y Bruton, 1979).

Efectivamente, Bogardus (1959) impulsará de manera significativa el estudio de la distancia social. Sus trabajos se basarán en el desarrollo del ensayo de

² Para Park y Burgess (1969), la sociología será un punto de vista y un método para investigar el proceso por el cual los individuos son sometidos y someten a otros a cooperar permanentemente.

Simmel *Sobre el extranjero*, donde, según Bogardus, el concepto de distancia social refiere a los grados de comprensión y simpatía que existen entre las personas, entre personas y grupos sociales, y entre grupos sociales. En este sentido, puede existir distancia social horizontal, es decir, entre pares, al mismo tiempo que distancia social vertical, por ejemplo, aquélla que se da entre líderes políticos y sus seguidores. Para Bogardus (1965), las distancias sociales pueden ser de dos tipos: la primera referiría la falta de capacidad para que un grupo o un individuo comprenda y se comunique con otros individuos o grupos sociales; la segunda refiere las diferencias que surgen entre distintos grupos sociales por su contacto e intimidad, donde sentimientos y creencia se confrontan, y en el que los conflictos entre ellos se desarrollan. Este segundo tipo de distancia social es el que interesará de manera particular a Bogardus y lo considerará el objeto de sus estudios. Para él,

la distancia social es una medida actual o potencial de conflicto social. Ella revela la localización actual o incipiente de los problemas sociales [...] Todos los problemas sociales pueden ser pensados en términos de distancia social, y la sociología aplicada en términos de los principios que involucra y la necesidad de reducir la distancia social. La distancia social contribuye al incremento de la incomprensión que realmente crea los problemas sociales (Bogardus, 1965: 469).

Las causas del distanciamiento social son variadas, y muchas veces están basadas en prejuicios sociales, tradiciones y opiniones aceptadas socialmente; sin embargo, Bogardus (1965) señala que el miedo es el más dinámico y preponderante de los factores que producen la distancia social. Incluso el miedo es a veces exacerbado entre distintos grupos sociales para incrementar su distanciamiento con miras a mantener el *status quo*; por ejemplo, en las sociedades autoritarias y autocráticas, la distancia social es constantemente reforzada, de igual forma que en las sociedades estamentales. En las sociedades democráticas, por el contrario, Bogardus (1965) argumenta que los grupos e individuos se encuentran buscando constantemente puntos de referencia con respecto a los otros, por lo que la construcción de distancias sociales se multiplica en función de distintos referentes como la raza, el sexo y las preferencias sexuales, la etnia y la nacionalidad, entre otros.

Los estudios sobre la distancia social

Si bien los estudios sobre distancia social comienzan a aparecer en la década de 1960, muy en la orientación de los estudios sobre los valores y grupos sociales de la sociología durkheimiana y de la escuela de Chicago, resulta significativa la presencia de dos estudios en América Latina (Forni y Robirosa, 1966, y Uribe, 1957); sin embargo, a finales de esa misma década, los artículos sobre distancia social basados en la escala de Bogardus comienzan a realizarse en el mundo anglosajón, sobre todo empujados por la preocupación producida por el ahondamiento de la distancia social entre grupos étnicos, raciales y clases en los Estados Unidos que parecen augurar el recrudecimiento de los conflictos sociales en ese país (Landis *et al.*, 1966). A lo largo de la década, los estudios que hacen referencia a la distancia social abordan cuestiones tan variadas como el mayor o menor rechazo hacia personas con estigmas, creyentes de una religión minoritaria, y los impactos de éste en fenómenos como el antisemitismo (Segal, 1965) o la inclinación hacia el matrimonio entre grupos de distinta religión (Bearler *et al.*, 1963); incluso se desarrollaron estudios sobre la determinación del sexo en la definición de un mayor o menor rechazo hacia los grupos de la raza negra y hacia otras minorías raciales (Ames y Sakuma, 1969). De igual forma se llevaron a cabo trabajos en este sentido en otros países, destacando el de Brown (1967), sobre las condicionantes culturales que permiten la relación entre estudiantes jordanos e israelíes, inaugurando así una tradición en los estudios sobre distancia social, al basar el campo de investigación en grupos de estudiantes universitarios de distintas razas, no sólo en los Estados Unidos, sino también en África y en Asia (Opara, 1968, y Bardis, 1961). Por su parte, Tripathi (1967) realizó estudios en India sobre el sistema de castas y la forma en que éste se expresa en las relaciones interpersonales y la construcción de estereotipos sociales; su artículo está especialmente orientado a la minimización de la distancia social producida por este sistema de organización que permite, paradójicamente, un lugar a cada grupo en el sistema, dando una perspectiva de unidad y sentido a los miembros particulares de cada casta.

También se realizaron estudios sobre la influencia que estos elementos de distancia social tienen sobre cuestiones como estatus (Kimberly y Smith, 1963), estratificación social (Martin, 1963) y la definición de las políticas públicas (Schiller, 1967), la movilidad social (Sarapata, 1966) e incluso en la organización interna de hospitales psiquiátricos (Perucci, 1963), sobre todo en el carácter de

la atención brindada a pacientes según sus particularidades raciales, étnicas y de clase social (Kosa *et al.*, 1970), así como su papel en la constitución de las identidades sociales (Derbyshire y Brody, 1964). Sin embargo, los trabajos que se originan en esta década no se refieren exclusivamente a las aplicaciones empíricas del término, sino también a la forma en que se construye la propia escala propuesta por Bogardus. Así, encontramos reflexiones sobre la escala propuesta por este autor para medir la distancia social (Haney y Fein, 1968; Holzkamp, 1965).

En la década de 1960, la preocupación de buena parte de los estudios giró en torno al racismo y la estratificación social que éste produce, especialmente en países como Estados Unidos, Sudáfrica y la India. En la década de 1970 esta tendencia se mantuvo. Entre otros, destacan los trabajos de Zinser (1976) así como el de Kinloch y Borders (1972) sobre los elementos que conforman la distancia social basada en cuestiones étnicas entre los niños; el artículo sobre los vínculos de la distancia social fundados en el estatus socioeconómico y los aspectos raciales en Hawái y los Estados Unidos, subrayando también el papel de los estereotipos raciales (Kinloch, 1973). Sin embargo, en esta década es posible observar la introducción de nuevos temas en torno a la distancia social y las cuestiones raciales, particularmente sobre los nuevos grupos de inmigrantes hacia los Estados Unidos y sobre grupos que, por sus características, son considerados como minoritarios. Tal es el caso de la investigación publicada por Hunt y Lacar (1973) sobre filipinos en los Estados Unidos; el de Little (1972) sobre aborígenes norteamericanos y otros grupos como los latinos.

De igual forma se abren nuevos campos de investigación en el área de la distancia social, como la salud, clases sociales, mercado matrimonial, ocupación laboral, estudios generacionales, género y conflictos laborales. En este sentido, encontramos el estudio de Albrecht *et al.* (1982) sobre estigmas, incapacitados, “desviados” sociales; sobre el consumo de alcohol destaca el documento de Falk (1970); un análisis significativo sobre el tipo de relaciones que establecen entre sí médicos de clase media y pacientes de clase baja puede encontrarse en la investigación llevada a cabo por Kosa *et al.* (1970). Por otro lado, están los estudios sobre la relación entre la fe y la posibilidad de matrimonios entre personas de distinta religión (Bearler *et al.* 1963); el análisis sobre identidad, estatus y cultura como variables de distancia social (Schmitt, 1972); los trabajos sobre estatus y percepción según la conciencia de clase y la ocupación (Laumann y Senter, 1976); fe y prejuicios hacia grupos minoritarios (Johnson, 1977); distancia social y relaciones intergeneracionales (Kidwell y Booth,

1977). Canon y Mathews (1971) realizan, por su parte, una revisión metodológica en torno a las creencias interétnicas; destaca, asimismo, el artículo sobre género, homosexualidad y estereotipos (Staats, 1978), así como los trabajos de Salter *et al.* (1978) sobre la distancia social y su vinculación con las relaciones de género, grupos de mujeres, estereotipos y roles. Cabe destacar, de igual forma, el trabajo de Perkins y King (1979) sobre la distancia social y los conflictos debidos a la competencia por mejores oportunidades de trabajo y el de Singh (1977) sobre la distancia social y sus efectos en la distribución de poder entre diferentes grupos étnicos en Nueva Zelanda. En la India, los temas de los artículos sobre distancia social versan sobre sus efectos en la composición religiosa, las afinidades lingüísticas (Muttagi, 1975), mientras que la problemática del sistema de castas se aborda en el estudio realizado por Lakshminarayana, (1975). En Francia, los artículos en esta década se orientan hacia la distancia social y sus efectos en la conformación de los espacios urbanos —“distancia espacial”—, como el desarrollo de espacios habitacionales y las características de su población (Chamboredon y Lemaire, 1970). Mientras que sobre el mismo tema encontramos el trabajo de Davis y Olesen (1971) en los Estados Unidos, que aborda distancia espacial, trabajo y vida comunitaria; relaciones entre creyentes de una religión minoritaria frente a los grupos que practican una religión hegemónica (Johnson, 1977), así como el impacto de este proceso en fenómenos tan significativos como el antisemitismo o la conformación de lo que hoy podríamos denominar un mercado matrimonial entre grupos de distinta religión (Cavan, 1971). Finalmente, está el artículo sobre exdelincuentes y el aislamiento social de que son objeto (Ericson, 1977), así como sobre exdelincuentes y su cercanía con la autoridad. A la par de los estudios de caso, en la década de 1970 comienzan las primeras revisiones y cuestionamientos a las escalas establecidas para medir la distancia social (Majone, 1972); así como su factibilidad en la medición de este fenómeno (Osborne, 1975); propuestas alternativas, como la expresión de la distancia social en términos de sociogramas (Smith, 1970). Trabajos que, sin duda, continuarán durante el siguiente decenio.

Durante la década de 1980 se seguirá trabajando la distancia social y su relación con aspectos raciales (Evans y Giles, 1986), cuestiones étnicas (Owen *et al.*, 1981), migrantes y minorías (Hill, 1984), estigmas y discapacidad (Albrecht *et al.*, 1982), cuestiones relacionadas con el estatus (Nilson, 1982) o la influencia que tiene la distancia social para contraer matrimonio (Bakker, 1988), o su impacto en las relaciones intramatrimoniales (Kundu, 1982), mercado y espacios laborales (Stevenson y Wilson, 1986). Sin embargo, se

exploran otro tipo de temas, como el espacio jurídico. En este sentido resalta el trabajo sobre las diferenciadas inclinaciones entre estudiantes de derecho y psicología para defender agresores y criminales, así como el estudio comparativo entre el aislamiento que presentan convictos hacia minorías y la distancia que presentan estudiantes universitarios (Pass, 1987); así como los trabajos de género y su papel en la organización y distribución de las labores en el trabajo (Cunyus y Matlock, 1980).

En la década de 1990 nuevos trabajos se orientan a explorar temas antes no analizados, como los relacionados con las cuestiones indígenas, sobre todo en los trabajos de Muhsam (1990). Por su parte, Jerabek y De-Man (1994) realizan investigaciones sobre distancia social entre canadienses caucásicos e inmigrantes europeos, latinoamericanos y asiáticos; Previsic (1996) estudia la distancia social entre estudiantes croatas hacia grupos étnicos y religiosos. Los estudios de género en estos años tienen una amplia presencia, en particular, aquéllos que se ocupan de la homosexualidad, las prácticas sexuales y las enfermedades de transmisión sexual como elementos de distancia social (Stevenson, 1991); aunque se sigue profundizando en las relaciones de género y la distancia social en los espacios laborales (La Pointe, 1992) o en los espacios educativos, tocando el tema de la reciprocidad y amistad entre niños de diferente sexo. En el área de salud destaca el artículo de Angermeyer y Matschinger (1994) sobre la distancia social hacia enfermos mentales o el artículo de similar carácter acerca de la distancia social entre doctores y pacientes con narcolepsia y otras afecciones del mismo tipo (Cohen y Mudro, 1992). También se encuentra una marcada preocupación por las nuevas generaciones y su mayor o menor tendencia a presentar un distanciamiento social hacia diferentes grupos, por lo tanto, Miller *et al.* (1993) realizan una investigación acerca de las variaciones culturales en la distancia social intergeneracional; destaca en este tema la investigación realizada por McTavish *et al.* (1997) sobre la distancia social hacia las personas de la tercera edad, sobre todo, la forma en que los ancianos constituyen guetos residenciales. En política se explora el tema de la distancia social y el papel del carisma como elemento de constitución del poder (Shamir, 1995). En el ámbito de las relaciones laborales, Jones (1996) realiza aportaciones significativas al explorar las relaciones entre los trabajadores y los lazos que se generan en el espacio laboral. Con todo, los trabajos en torno a las cuestiones de etnicidad y aspectos raciales siguen marcando significativamente los estudios en el tema (Pagnini y Morgan, 1990). Las cuestiones relacionadas con las clases sociales son abordadas por Sacks, y Lindholm (1999), mientras que la revisión de las

escalas para medir la distancia social se realiza en artículos como el de Sinha y Barry (1991), así como el de Lee *et al.* (1996).

En general, la década de 1990 permite continuar una línea de investigación que desde la década de 1970 era ya muy sólida. Se trata de trabajos que han permitido visualizar la relación de identidad, estatus, cultura, espacial y personal de los miembros de una sociedad con el objetivo de localizar donde se fractura la cohesión social y se genera el conflicto. Pese a esto, los trabajos desarrollados han sostenido en gran medida el desarrollo de otro tipo de estudios que involucran el concepto de distancia social y su relación con la violencia. Sin olvidar los trabajos que, en relación con la violencia urbana, impulsaron Shaw y McKay (1942) en la década de 1940 y que han continuado algunos otros —no sin importantes críticas—, el término de distancia social se ha detenido en la construcción del conflicto y no ha propiciado una reflexión en torno a la violencia directa. Conviene, por tanto, tratar de recuperar el término con vista a explorar su capacidad explicativa de la violencia bajo el entendido de que el interés creciente que a últimas fechas ha despertado el tema a nivel internacional, particularmente en América Latina, hace necesaria una revisión del instrumental teórico que permita enriquecer la discusión actual.

Recuperando una perspectiva de análisis: la distancia social y la violencia

El concepto de distancia social puede ser una herramienta importante para entender la emergencia de los fenómenos de violencia directa que se producen hoy en día. Las reflexiones realizadas por Durkheim y la corriente que él inaugura permiten apreciar sus implicaciones porque, gracias a ella, es posible visualizar cómo se difumina la idea del Otro en la agresión. En términos empíricos, sin embargo, son los trabajos realizados por Grossman (1985), en el análisis de la guerra, los que muestran la importancia de la distancia simbólica y espacial en la conformación de un ambiente favorable para la violencia. Por medio de distintas historias de vida de excombatientes de la guerra de Corea, Vietnam y otros conflictos bélicos desarrollados e impulsados por Estados Unidos, Grossman (1995) plantea que, entre los soldados novatos existe una enorme dificultad para matar. Las causas son localizadas en dos aspectos: la distancia espacial y simbólica entre el agresor y el agredido. Los trabajos de Grossman (1995) exponen cómo la distancia física y simbólica son un factor

fundamental para romper el freno que inhibe la agresión en la guerra: entre mayor sea, por ejemplo, la distancia física entre el agresor y su objetivo, más fácil es que se produzca la violencia (bombardear con artillería o misiles), mientras que conforme la distancia se reduce, se encuentran mayores resistencias para llevar a cabo la agresión (lucha cuerpo a cuerpo con bayonetas, por citar una situación extrema). Por otro lado, la distancia simbólica juega un papel fundamental, por lo cual se procura establecer en la preparación militar un mecanismo de distanciamiento basado en la tipificación y simplificación del carácter del enemigo, a quien se le atribuyen características muy específicas que permiten ubicarlo fuera de las fronteras físicas y morales que supuestamente definen los comportamientos considerados como normales y adecuados. En este sentido resultan sustanciales las reflexiones que sobre esta vía y desde una perspectiva más sociológica desarrolla Collins (1974).

Para este autor, el camino para una comprensión de la violencia se encuentra en la observación de la estructura de grupos solidarios y las cuestiones morales que reflejan sus lazos emocionales. Las fronteras morales pueden ubicar a una persona más allá de la obligación moral, pero pueden incluso organizar confrontaciones que hacen de la violencia algo no precisamente indiferente en términos morales, pero sí moralmente motivada. Al sumar las fronteras internas de estratificación a las morales, se encuentra que las demandas morales y sus correspondientes formas de violencia existen incluso en la lucha interna por la dominación o la liberación. Cuando ubicamos estas estructuras en formas más complejas encontramos formas rutinizadas e internalizadas más complejas de estas moralidades violentas. Los tipos de fronteras de grupo no son los mismos en cada instancia. Los rituales de caza de guerra se encuentran en sociedades simples hortícolas, cazadoras o tribus pastorales. Los sacrificios humanos especialmente en la forma de cultos a la fertilidad se encuentran principalmente en sociedades hortícolas avanzadas en las cuales la religión determina por mandato divino a los reyes o pueden ser también una teocracia de sacerdotes. El sacrificio mantiene el pacto entre los entes divinos y los sujetos, pero de hecho, los individuos se dividen en dos grupos, aquéllos que se encuentran bajo la protección de dioses locales y aquéllos que no lo están, los cuales casi siempre son cautivos o esclavos de otras sociedades y son las víctimas de los sacrificios humanos.

Las ejecuciones perentorias, la tortura y la mutilación son todas características de la Edad de Hierro (agraria), las cuales se encuentran altamente estratificadas alrededor de una forma de gobierno patrimonial. De hecho, son las sociedades

más altamente estratificadas en la historia del mundo. En extensión, esta estratificación toma la forma de relaciones externas de dominación. Este es el caso de las sociedades coloniales caracterizadas por su fuerte presencia étnica, donde la administración y recaudación tributaria es más que intensiva. En este tipo de sociedades, las fronteras morales por cuestiones étnicas o religiosas se convierten en fronteras entre niveles de estratificación; el castigo extremo de la clase dominante no es solamente moralmente neutral, sino frecuentemente alentada en una visión Soreiana de defensa de la integridad del grupo dominante. Si nos detenemos en este punto, pareciera que la crueldad incrementa con el grado de evolución, sin embargo, las variaciones en la estructura de grupo que conforman los principales factores explicativos no se distribuyen de forma simple a lo largo de niveles tecnológicos (que configuran la complejidad de una sociedad). Como ejemplo encontramos a las grandes religiones; uno supondría que sus principios de hermandad y amor al prójimo representarían una fractura en las tendencias hacia la violencia; sin embargo, es claro que todas ellas han jugado un rol predominantemente político, especialmente en sus fases iniciales, proveyendo de legitimación y del aparato administrativo para la estructura social general. De tal manera que en la Edad del Hierro las sociedades agrarias desarrollaron iglesias universales que mantuvieron algunas de las más crueles formas de estratificación nunca antes vistas. Las moralidades de las religiones universales contribuyeron más a la expansión de la crueldad violenta que a su mitigación. Islam, cristianismo y budismo se cimentaron en acciones violentas. Por otro lado, las sociedades modernas han presenciado un abrupto declive en la violencia, pero sólo en apariencia. La tortura, la mutilación y los castigos ejemplares han desaparecido como ideales, y aun cuando estas prácticas siguen ocurriendo, aparecen, en el mejor de los casos, cada vez de manera más privada y secreta, como en los cuartos escondidos de las estaciones policiales, por ejemplo. Las ejecuciones son ahora supuestamente más humanas y relativamente indoloras, y se llevan a cabo en privado; su justificación generalmente se basa en una naturaleza racional, educativa o preventiva y no en una visceral venganza. De hecho, “la violencia y la crueldad en la guerra se convierte en atrocidad que debe ser escondida, y aun expiada, pero no glorificada” (Collins, 1974: 431).

¿Cómo es que ocurre esta transformación? En términos de los principios teóricos expuestos por Collins, la explicación parece ser una cuestión estructural. La sociedad moderna industrial, introduce por primera vez las bases de la interacción interpersonal que destruyen las tradicionales barreras ceremoniales

entre grupos. El urbanismo, los medios de transporte masivos, las largas jornadas de trabajo y la organización de los negocios, la educación masiva, todo contribuye al reemplazo de las antiguas barreras rituales, sustituyéndolas con nuevas formas de pertenencia. De esta forma, las condiciones sociales para la proliferación de multitud de comunidades en una sola sociedad emergen por primera vez, saturando el espacio societal. Las tensiones y conflictos de los que dan cuenta en los distintos estudios sobre distancia social desarrollados durante las tres recientes décadas permiten apreciar la conformación de un espacio social marcado por la profundización de la distancia entre los diferentes grupos sociales. Aunque el análisis de la distancia social no explica por sí sola la violencia, resulta de suma importancia para explicar la conformación de un espacio propicio para su desarrollo, en la medida en que permite visualizar la relación de identidad, estatus, cultura, espacial y personal de los miembros de una sociedad (Schmitt, 1972) y establecer las condicionantes estructurales sobre las cuales se puede cimentar la violencia social.

Del conflicto a la violencia

Efectivamente, la distancia social entre grupos sociales no puede comprenderse si no se analizan los procesos más generales de los que forma parte. La distancia social se convierte en un fenómeno que requiere análisis en la medida en que permite observar la conformación y mediación de los conflictos sociales y su conformación en posibles detonadores de violencia. A mediados del siglo pasado, los analistas sociales comenzaron a tratar de explicar la manera en que los procesos de modernización social y mundialización de los intercambios económicos y culturales están produciendo la modificación de los patrones de vida de millones, generando procesos de desorganización caracterizados por la alteración del tiempo y el espacio, que constituyen los planos sobre los cuales se cimienta la identidad social. Este resulta un proceso que tiende a generar dos dinámicas contradictorias. Por un lado, a crear una aparente homogenización de la vida política, económica y cultural; y por el otro, procesos que incrementan la fragmentación y la construcción de diferencias sociales. Ambas dinámicas resultan ir de la mano en la medida en que la alteración del espacio y el tiempo se construye en función de relaciones sociales cambiantes, dinámicas, resultantes del conflicto y la negociación. En este sentido, los acelerados cambios que la sociedad ha vivido a escala global en los treinta años recientes han provocado

que se exacerbén tanto los procesos de homogeneización como los de la diferencia social.

Estos mecanismos de diferenciación se profundizan no sólo en la esfera de la identidad social; es reconocido el hecho de que, de igual forma, se ha incrementado la exclusión de amplios sectores de la población con respecto a los beneficios que tradicionalmente había proporcionado el mercado capitalista basado en el crecimiento industrial. La presencia de un capitalismo desorganizado, fundamentalmente financiero, caracterizado por sus constantes crisis en el mercado internacional, ha generado esta dinámica de consecuencias desastrosas para millones de personas. A estos procesos se ha sumado, por otro lado, la construcción de nuevas desigualdades, las cuales evidentemente no son tan nuevas, pero que tienen que ver con aspectos relacionados con la identidad social; de esta forma, las desigualdades tradicionales aparecen, entonces, mezcladas con elementos vinculados a las cuestiones de identidad social; en particular, de carácter étnico y racial. No obstante, considerar que dichos conflictos se reducen a estas cuestiones es menospreciar el hecho de que la identidad étnica o cultural no es un hecho histórico continuo e inmutable y que en este sentido opera en los conflictos actuales en tanto que ella es construida y reconstruida por los protagonistas; en este sentido, los conflictos de identidad cultural en cualesquiera de sus variantes son una producción moderna que se ha recrudecido por los procesos de expliación y exclusión social de los últimos años. Incluso, en algunos casos, la movilización en torno a la identidad permite recrear una comunidad o sustituirla en la medida en que ellas son la expresión de un deseo exacerbado, desesperado, de superar la ruptura de la identidad que han producido los procesos de modernización reciente.

No es la primera vez que la sociedad vive un momento coyuntural de este tipo. En particular, Castel (1995) ha descrito y analizado el impacto de este proceso a la luz de la influencia de los cambios del mundo del trabajo en la solidaridad social. Desde allí es posible dibujar un primer bosquejo sobre la relación entre la cohesión social, la violencia y el Estado, que destaque los procesos por los cuales ciertos sectores de la sociedad son desligados de las instituciones que permiten su integración. En las sociedades preindustriales, la desestructuración de las relaciones tradicionales, fundadas en la actividad agraria, pusieron en las calles y en los caminos a un importante número de indigentes que habían perdido sus ligas con la sociedad rural y que no podían insertarse en la naciente economía capitalista industrial; esto representó un problema para el orden político, el cual se vio en la necesidad de frenar de alguna

forma los efectos de la creciente indigencia. Numerosas leyes fueron implantadas en los países europeos con el fin de contener a la enorme masa de vagabundos que recorrían sus territorios, infestando ciudades y aldeas. De hecho, es este sector de desafiliados, como los llamará Castel, el que adquiere con el tiempo la etiqueta de *classes dangereuses*, población considerada potencialmente criminal, esto es, un estigma que también se adjudicará a las clases obreras en el siglo XIX. La solución que se dará a la pretendida amenaza de las “clases peligrosas” será, en su forma extrema, a través del uso de la fuerza policial como principio por el cual se asegura el orden público y se preserva el equilibrio social. La construcción, a partir de ese siglo, de una sociedad salarial, no habrá de consolidar una red densa de solidaridades e instituciones hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. El periodo posterior al fin de la Segunda Guerra traerá consigo el establecimiento de un crecimiento económico con su corolario: el casi pleno empleo y el desarrollo de derechos laborales y de protección social que parecen apuntar a la existencia de un crecimiento ascendente, que promueve la riqueza colectiva y permite una mejor distribución de oportunidades y garantías. Sin embargo, como ya se ha visto, las transformaciones tecnológicas en la propia dinámica de reproducción del capital a principios de la década de 1970, vendrá a socavar las propias condiciones laborales, los beneficios que se cosechaban a su alrededor y al Estado de bienestar; pero de igual forma que el empobrecimiento de principios del siglo XIX está inscrito en el corazón de la dinámica de la primera industrialización, “la precarización del trabajo hoy en día es un proceso central dirigido por las nuevas exigencias tecnológico-económicas del capitalismo moderno” (Castel, 1995: 661). El efecto de esta transformación se expresa en la constante fragilidad del trabajo y la fractura de las relaciones sociales tradicionales de aquellos que se localizan en las franjas de vulnerabilidad. Pobreza y violencia vuelven a estar, como en siglos anteriores, relacionados por el poder político, soslayando el hecho de que el meollo del problema no se encuentra en la violencia, sino en aquello que lleva a los individuos a distanciarse unos de otros en la esfera de la estructura socioeconómica; distanciamiento que debe ser entendido también como un desligamiento en relación con los objetivos y medios que estructuran la existencia de los sujetos a través del conjunto de la vida social.

Conflicto y violencia

Recuperar el uso del concepto de distancia social para comprender algunas dinámicas de la violencia que viven las sociedades contemporáneas tiene un importancia trascendental en las ciencias sociales, en la medida en que abren un campo de investigación que, tradicionalmente, ha estado orientado al análisis de los conflictos sociales. Las reflexiones de Collins realizadas hace casi tres décadas, así como los estudios sobre la guerra llevados a cabo por Grossman, sin embargo, dejan clara la vinculación entre distancia social y violencia. Una tarea para el futuro próximo consiste en tratar de establecer las bases teóricas y metodológicas que permitan explicar la transición del conflicto a la violencia por los mecanismos de distancia social. Lo anterior implica consolidar este concepto como un término clave, lo cual requiere un trabajo distinto al que se ha llevado a cabo aquí. En este documento sólo se ha pretendido realizar un estado del arte del término y su posible vinculación futura para explicar los fenómenos de violencia social.

En primer lugar, es conveniente detenerse en los condicionantes estructurales que hacen posible la conformación de la distancia social. Para ello se hace imprescindible analizar la forma en que se están produciendo los procesos de diferenciación social. En segundo lugar es necesario analizar la forma en que los distintos grupos le dan sentido a las nuevas desigualdades sociales, estableciendo los mecanismos simbólicos que estructuran la distancia social. Finalmente, se tendrá que evaluar el papel de las instituciones políticas a fin de poder establecer cómo median las desigualdades, las relaciones sociales y la conformación de nuevas formas de convivencia, y dónde se establecen principios, que antes eran poco significativos, de ordenamiento social que tienden a transformar el rostro del poder político al reinventar los mecanismos de legitimidad, legalidad y poder.

No obstante, no se quiere presumir que el concepto de distancia social deba convertirse en un término que lo abarque y lo explique todo sobre la violencia. Por el contrario, lo que se busca es recuperar una tradición de investigaciones en ciencias sociales, a fin de que se tenga a la mano un amplio espectro de perspectivas teóricas y metodológicas para el análisis de un fenómeno que tiene hoy en día una presencia significativa en los ámbitos de la vida académica y el discurso público, lo cual obliga a ampliar la discusión con objeto de comprender mejor la violencia y los medios por los cuales se pueden orientar las medidas para reducir su presencia.

Bibliografía

- ALBRECHT, Gary *et al.*, 1982, "Social distance from the stigmatized: a test of two theories", en *Social Science and Medicine*, vol. 16, núm. 14.
- AMES, Richard y Arline F. Sakuma, 1969, "Criteria for evaluating others: a re examination of the Bogardus social distance scale", en *Sociology and Social Research*, núm. 54, 1.
- ANGERMEYER, Matthias y Herbert Matschinger, 1994, *Impact of violent attacks by psychiatric patients on social distance towards the mentally ill*, ponencia presentada en International Sociological Association.
- BAKKER, Bart, 1988, "Meaning, operationalization, and measurement of social distance; betekenis, operationalisering en meting van sociale afstand", en *Netherlands Central Bureau Statistics*, Stichting Interuniversitair Instituut voor Sociaal Wetenschappelijk Onderzoek (Netherlands Universities' Joint Social Research Center).
- BARDIS, Panos, 1961, "Social distance among gymnasium students in southern Greece", en *Sociology and Social Research*, núm. 45, 4.
- BEARLER, Robert *et al.*, 1963, "Religious exogamy: a study of social distance", en *Sociology and Social Research*, núm. 48, 1.
- BOGARDUS, Emory, 1959, *The new social research*, Davis McKay Company, Inc. Nueva York.
- BOGARDUS, Emory, 1965, *The development of social thought*, Davis McKay Company, Inc. Nueva York.
- BROWN, Robert, 1967, "Social distance and the ethiopian student", en *Sociology and Social Research*, núm. 52.
- CANON, Lance Kirkpatrick y Kenneth Jr. Mathews, 1971, "Ethnicity, belief, social distance and interpersonal evaluation: a methodological critique", en *Sociometry*, núm. 34, 4.
- CASTEL, Robert, 1995, *Les métamorphoses de la question sociale*, Gallimard, París.
- CAVAN, Ruth Shonle, 1971, "A dating marriage scale of religious social distance", en *Journal for the Scientific Study of Religion*, núm. 10, 2.
- CHAMBOREDON, Jean Claude y Madeleine Lemair, 1970, "Spatial proximity and social distance. housing developments and their populations; proximite spatiale et distance sociale. Les grands ensembles et leur peuplement", en *Revue Francaise de Sociologie*, núm. 11, 1.
- COHEN, Felissa y Robyn W. Mudro, 1992, "Social distance from persons with narcolepsy and other conditions", en *Loss, Grief and Care*, núm. 5, 3-4.
- COLLINS, Randall, 1974, "Three faces of cruelty: towards a comparative sociology of violence", en *Theory and Society*, vol. 1, núm. 4.
- CRULL, Sue y Brent T. Bruton, 1979, "Bogardus social distance in the 1970s", en *Sociology and Social Research*, núm. 63, 4.

- CUNYUS, Sharon Lynn y Donald T. Matlock, 1980, "Sex and occupation as components of social distance", ponencia presentada por *Southwestern Sociological Association* (SWSA).
- DAVIS, Anne y Virginia Olesen, 1971, "Communal work and living: notes on the dynamics of social distance and social space", en *Sociology and Social Research*, núm. 55, 2.
- DERBYSHIRE, Robert y Eugene B. Brody, 1964, "Social distance and identity conflict in negro college students", en *Sociology and Social Research*, núm. 48.
- DURKHEIM, Emilio, 1987, *La división del trabajo social*, Akal, Madrid.
- ERICSON, Richard, 1977, "Social distance and reaction to criminality", en *British Journal of Criminology*, núm. 17, 1.
- EVANS, Arthur Jr. y Michael W. Giles, 1986, "Effects of percent black on blacks' perceptions of relative power and social distance", en *Journal of Black Studies*, núm. 17, 1.
- FALK, Gerhard, 1970, "Alcohol consumption and social distance: a functional view Australian", en *Journal of Social Issues*, núm. 5, 3.
- FORNI, Floreal y Mario Robirosa, 1966, "Estratificación y distancia social en tres localidades del centro de la provincia de Santa Fe", en *Desarrollo Económico*, núm. 5, 20.
- GALTUNG, Johan, 1978, *Essays in peace research*, vol. 1, International Peace Research Institute, Bucarest.
- GROSSMAN, Dave, 1995, *On killing. The psychological cost of learning to kill in war and society*, Little, Brown and Company, Boston-Nueva York-Toronto-Londres.
- HANEY, C. Allen y Sara Beck Fein, 1968, "Correlates of social distance and gradients of deviance", en *Research Reports in Social Science*, núm. 11, 2.
- HILL, Paul Bernard, 1984, "Spatial proximity and social distance from ethnic minorities", en *Zeitschrift für Soziologie*, vol. 13, núm. 4.
- HOLZKAMP, Klaus, 1965, "On the measurement of social distance the dependence of Bogardus scales on their objects; zur messung der sozialen distanz die objekttabhaengigkeit von Bogardus skalen", en *Sociologus*, núm. 15, 2.
- HUNT, Chester y Louis Lacar, 1973, "Social distance and american policy in the Philippines", en *Sociology and Social Research*, núm. 57, 4.
- JERABEK, I. y A. F. De Man, 1994, "Social distance among caucasian canadians and asian, latin american and eastern european immigrants in Quebec: a two part study", en *Social Behavior and Personality*, núm. 22, 3.
- JOHNSON, Doyle, 1977, "Religious commitment, social distance, and authoritarianism", en *Review of Religious Research*, núm. 18, 2.
- JONES, Lynn, 1996, "Rape crisis work and the unpersonal relationship: the delicate balance of intimacy and social distance", ponencia presentada en *American Sociological Association*.

Violencia y distancia social: una revisión /N. Arteaga y V. Lara

- KIDWELL, Jane y Alan Booth, 1977, *Social distance and intergenerational relations*, ponencia presentada en American Sociological Association.
- KIMBERLY, James y Joel Smith, 1963, "Social distance and types of status evaluation", en *Sociological Inquiry*, núm. 33, 2.
- KINLOCH, Graham y Jeffrey A. Borders, 1972, "Racial stereotypes and social distance among elementary school children in Hawaii", en *Sociology and Social Research*, núm. 56, 3.
- KINLOCH, Graham, 1973, "Race, socio economic status, and social distance in Hawaii", en *Sociology and Social Research*. No. 57, 2; 156-167.
- KOSA, John *et al.*, 1970, *Social distance and medical care: the relationship of middle class doctors and lower class patients*, ponencia presentada en American Sociological Association.
- KUNDU, Nityananda, 1982, "Social distance observed in a Maharashtra village", en *Journal of the Indian Anthropological Society*, núm. 17, 3.
- La POINTE, Eleanor, 1992, "Relationships with waitresses: gendered social distance in restaurant hierarchies", en *Qualitative Sociology*. No. 15, 4; 377-393.
- LAKSHMINARAYANA, H. D., 1975, "Caste, class, sex and social distance among college students in South India", en *Sociological Bulletin*, núm. 24, 2.
- LANDIS, Judson *et al.*, 1966, "Race and social class as determinants of social distance" en *Sociology and Social Research*, núm. 51, 1.
- LAUMANN, Edward y Richard Senter, 1976, "Subjective social distance, occupational stratification, and forms of status and class consciousness: a cross national replication and extension", en *American Journal of Sociology*, núm. 81, 6.
- LEE, Motoko *et al.*, 1996, "The reverse social distance scale", en *Journal of Social Psychology*, núm. 136, 1.
- LITTLE, Craig, 1972, "American Indians and whites in Maine: an analytical study of social distance and visible physical difference", ponencia presentada en American Sociological Association.
- MAJONE, Giandomenico, 1972, "Social space and social distance: some remarks on metric methods in data analysis", en *Quality and Quantity*, núm. 6, 2.
- MARTIN, John, 1963, "Social distance and social stratification", en *Sociology and Social Research*, núm. 47, 2.
- McTAVISH, Donald *et al.*, 1997, "A computer content analysis approach to measuring social distance in residential organizations for older people", en *Social Science Computer Review*, núm. 15, 2.
- MILLER, Richard *et al.*, 1993, "Cross cultural variations in intergenerational social distance: United States and Malawi", en *International Review of Modern Sociology*, núm. 23, 2.
- MUHSAM, Helmut, 1990, "Social distance and asymmetry in intermarriage patterns", en *Journal of Comparative Family Studies*, núm. 21, 3.

- MUTTAGI, P. K., 1975, "Social distance among religious and linguistic communities indian", en *Journal of Social Work*, núm. 36, 2.
- NILSON, Linda Bruzota, 1982, "The perceptual distortions of social distance: why the underdog principle seldom works", ponencia presentada en *American Sociological Association*.
- OPARA, P. A. U., 1968, "Social distance attitude of nigerian students", en *Phylon*, núm. 29, 1.
- OSBORNE, D. K., 1975, "Social distance", en *Quality and Quantity*, núm. 9, 4.
- OWEN, Carolyn *et al.*, 1981 "A half century of social distance research: national replication of the bogardus", en *Studies Sociology and Social Research*, vol. 66, núm. 1.
- PAGNINI, Deanna y S. Philip Morgan, 1990, "Intermarriage and Social Distance among U.S. Immigrants at the Turn of the Century", en *American Journal of Sociology*, núm. 96, 2.
- PARK, Robert y Ernest Burgess, 1969, *Introduction to the science of sociology*, The University of Chicago Press, Chicago.
- PARK, Robert, 1924, "The concept of social distance: as applied to the study of racial relations", en *Journal of Applied Sociology*, núm. 8.
- PARK, Robert, 1999, *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Ediciones del Serbal, Barcelona.
- PASS, Michael, 1987, "Prison inmates express less social distance from minorities than do college students", en *Sociology and Social Research*, núm. 71, 3.
- PERKINS, K. B. y John P. King, 1979, "A study of the relationship between perceived job opportunities of out groups and social distance", ponencia pesentada en *Southern Sociological Society*.
- PERUCCI, Robert, 1963, "Social distance strategies and intra organizational stratificationa study of the status system on a psychiatric ward", en *American Sociological Review*, núm. 28, 6.
- PREVISIC, Vlatko, 1996, "Sociodemographic characteristics of secondary school students and social distance toward national and religious groups; sociodemografske karakteristike srednjoskolaca i socijalna distanca prema nacionalnim i religijskim skupinama", en *Drustvena Istrazivanja*, núm. 5.
- SACKS, Michael y Marika Lindholm, 1999, "A room without a view: social distance and the structuring of privileged identity", ponencia presentada en *American Sociological Association*.
- SALTER, Anne *et al.*, 1978, "Social distance: a measure of women's groups", ponencia presentada en *Mid South Sociological Association*.
- SARAPATA, Adam, 1966, "Social distance and social mobility in contemporary polish society; distance et mobilite sociale dans la societe polonaise contemporaine", en *Sociologie du Travail*, núm. 8, 1.

Violencia y distancia social: una revisión /N. Arteaga y V. Lara

- SCHILLER, Herbert, 1967, "National development requires some social distance", en *Antioch Review*, núm. 27, 1.
- SCHMITT, Madeline, 1972, "Near and far: a re formulation of the social distance concept", en *Sociology and Social Research*, núm. 57, 1.
- SEGAL, Bernard, 1965, "Fraternities, social distance, and anti semitism among jewish and non jewish undergraduates", en *Sociology of Education*, núm. 38, 3.
- SHAMIR, Boas, 1995, "Social distance and charisma: theoretical notes and an exploratory study", en *Leadership Quarterly*, núm. 6, 1.
- SHAW, Clifford y Henry Mckay, 1942, *Juvenile delinquency and urban areas*, University of Chicago Press, Chicago.
- SIMMEL, Georg, 1986, *Sociología 2: estudios sobre las formas de socialización*, Alianza Universidad, Madrid.
- SINGH, Nirbhay Nand, 1977, "Social distance between fijians and indians in fiji after four years of independence", en *Journal of Social Psychology*, vol. 101, núm. 1.
- SINHA, Murli y Brian Barry 1991, "Ethnicity, stigmatized groups and social distance: an expanded update of the bogardus scale", ponencia presentada en *American Sociological Association*.
- SMITH, Margot Wiesinger, 1970, "Measuring ethnocentrism in Hilo, Hawaii: a social distance scale", en *Sociology and Social Research*, núm. 54, 2.
- STAATS, Gregory, 1978, "Stereotype content and social distance: changing views of homosexuality", en *Journal of Homosexuality*, núm. 4, 1.
- STEVENSON, Michael, 1991, "Social distance from persons with AIDS", en *Journal of Psychology and Human Sexuality*, núm. 4, 1.
- STEVENSON, William y Donald Wilson, 1986 "The strength of ties and social distance in intraorganizational networks", ponencia presentada en *International Sociological Association*.
- TOCQUEVILLE, Alexis, 1994, *La democracia en América*, Alianza Editorial, Madrid.
- TRIPATHI, B.D., 1967, "On minimizing social distance existing between the upper castes and harijans", en *Interdiscipline*. No. 4, 4; 316-321.
- URIBE Vllegas, Oscar, 1957, "Nota acerca de la distancia social", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 19, 2.
- WIEVIORKA, Michel, 2000, "Sociologie posclassique ou décline de la sociologie?", en *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. 108.
- ZINSER, Otto, 1976, "Racial recipients, social distance, and sharing behavior in children", en *Social Behavior and Personality*, núm. 4, 1.